

LA PRESENCIA DEL OTRO: EL RORSCHACH COMO ENTREVISTA

Juan Carlos Pizarro

El test de Rorschach se administra en una entrevista en la cual una de las dos personas que en ella intervienen, la que se desempeña como investigador, dice a la otra: "Voy a mostrarle una serie de láminas. En estas láminas la gente ve distintas cosas. Diga usted lo que usted vaya viendo" y luego le entrega, al sujeto investigado, sucesivamente, cada una de las laminas que, en una serie de diez, constituyen el material del test.

Hace muchos años, recién egresado de la Facultad, encontré, en la biblioteca de uno de los principales centros psiquiátricos argentinos, un sobre con unos cartones. En esa época yo no sabía —y creo que prácticamente ningún psiquiatra en el país— lo que eran los tests. Las importadas, habían sido dejadas por un librero para que ese servicio de Psiquiatría las adquiriese. Sin la menor información previa, las fui mirando. Vi que la primera era un cartón rectangular, blanco, en cuyo centro había una forma oscura, pero que no representaba nada en absoluto, o bien nada conocido por mí. Así, primero de todo, quedé perplejo: no podía haber en el cartón algo que no fuese algo. ¿Qué era y para qué podía servir ese cartón, si en él no había más que una simple mancha, siendo así que yo me lo encontraba, dejado allí por un librero, en un importante servicio de Psiquiatría? Pero pronto el gris de la forma, con sus variaciones de tonalidades, me pareció el de las láminas que, en libros de medicina —y me encontraba en la biblioteca de un servicio psiquiátrico, médico por tanto— reproducen radiografías. Entonces, en este contexto, ese cartón reproducía, para mí, algo anatómico, alguna parte del cuerpo, y precisando más, una pelvis, una pelvis en radiografía. El contorno de la mancha tenía semejanza con el contorno de una pelvis. Por ser médico yo, llegué a la imagen de una pelvis, porque, de no haberlo sido, habría en la misma situación podido pensar: "esto es una radiografía y no se de qué, pero no tengo porqué saberlo". Pero, también por ser médico, no me fue posible mantener la imagen de una pelvis, ya que, al observar luego los contornos de la mancha, percibí que la forma de la misma no se correspondía con mi concepto de la pelvis: ni el sacro, ni los ilíacos, ni los agujeros, tenían la forma que les corresponde. Quizá fuera una pelvis patológica o de otra especie animal. De todos modos, yo sentía, la necesidad de comprender lo que delante de mí se encontraba y saber que era. La creencia de que fuese la radiografía de una pelvis (o de cualquier otra parte del cuerpo) fue luego contradicha, cuando me hice cargo, al reflexionar mejor, de que todo el cartón hubiera tenido que ser gris. En efecto, en una radiografía las partes opacas aparecen relativamente claras, recortándose sobre el fondo gris oscuro o negro.

En esta lámina era al revés. Podía ser el positivo de una radiografía. Pero tampoco, porque esa forma parecida a la de una pelvis aparecía totalmente recortada. En las radiografías verdaderas, el fondo aparece negro; los huesos, en blanco o gris claro; y las partes blandas, en tonalidades intermedias. En el positivo, las relaciones se invierten. Pero en este cartón, la posible pelvis aparecía totalmente aislada y no me resultaba comprensible que se hubiera tornado la radiografía de una pieza esquelética separada de todo lo demás. Tenía ante mí un cartón —hallado en un servicio médico—, que presentaba características contradictorias entre sí, que me impedían otorgarle ninguna significación inequívoca. La forma en el existente se parecía a un objeto conocido por mí, pero mis razonamientos me impedían aceptar que verdaderamente fuera esa. Me encontraba en una situación traumática, porque tampoco podía aceptar que ese cartón hallado en la biblioteca de un servicio médico, careciera totalmente de sentido. Mire entonces el cartón siguiente. Esperaba se me revelase entonces el sentido de los cartones de ese sobre. Pero al contrario, porque vi unas manchas de color y otra, central, formada por dos mitades, que tenía aproximadamente la misma tonalidad gris que la primera. Si pensaba que estas áreas centrales eran la radiografía de otro hueso, esta vez muy distinto de la anterior, ¿cómo era posible que contiguas a él apareciesen unas manchas de color? Estas, por ser rojas, podían ser tomadas como de sangre. Pero, en ninguna lámina que reproduzca radiografías puede aparecer la sangre ni las partes blandas, en rojo. Manchas grises y manchas rojas se excluían mutuamente y no era lógica su coexistencia en un cartón. Recorrí los siete primeros cartones, perplejo. Buscaba percibir algo en ellos, sin lograrlo nunca satisfactoriamente. O quería deducir, de sus características, el sentido de los mismos o su posible. Porque los razonamientos lógicos me impedían aceptar ninguna de las posibles hipótesis que surgían en mí. Al llegar al quinto, me pareció muy clara la figura de un murciélago, aunque éste tampoco podía escapar a toda crítica, en cuanto a la exactitud de su forma. ¿Y cómo podía correlacionarse el murciélago con los huesos? Recordé que hay un hueso que debe su nombre a la semejanza de su figura con la del murciélago. Pero luego, al encontrarme con el octavo cartón, vi en su centro áreas de diversos colores. La presencia del color me resultó agradable, pero esas áreas no llegaban a constituir, unas con otras, nada que tuviera una significación indudable. Había entre ellas elementos contradictorios. Además, mi primera, hipótesis de la serie de radiografías quedaba anulada del todo. Las tres últimas láminas aparecieron, para mí, como negadoras de las anteriores. ¿Podía en un mismo sobre haber láminas sobre temas médicos en radiografía y otras que no tuviesen nada que ver?

Me quedé en aquel entonces sin saber para qué servían esos cartones, que de todos modos le fueron devueltos al librero.

La administración de un test de Rorschach debe ser una entrevista de psicología clínica y

aquel mi primer contacto con las láminas no fue una entrevista. Sufrí en el una situación traumática constituida por el fracaso de mi pensar lógico, de mi capacidad de deducir, a partir de lo sensorialmente dado, la verdad del objeto. La verdad es que en esos cartones lo que había era manchas de tinta; pero un prejuicio me inhibió para llegar a esa verdad, porque yo —medico recién graduado-- supuse que un material encontrado en una cátedra de mi Facultad, tenía que ser un material vinculado con la medicina y, en los por mi conocidos, no figuraba el test de Rorschach. Al mirar el sobre había leído en su cubierta: "Psychodiagnostik", en alemán, pero ¿que podían tener que ver aquellos cartones con el diagnóstico psicológico? No disponía de ningún antecedente. Imagine, que quizá las láminas les fuesen mostradas a los enfermos para observar las reacciones de los mismos. Mediante esta hipótesis pude integrar, hasta cierto punto, la existencia de los cartones con manchas, en el contexto del servicio de Psiquiatría.

Años después, fue Alcýon Baer Bahía a quien por primera vez le oí hablar del Rorschach. Me lo administró. Otra fue la situación. Yo sabía que se me iba a someter a un procedimiento diagnóstico. El paciente que concurre a un consultorio médico, por un trastorno somático, y se presta a los interrogatorios de la primera entrevista y luego a los exámenes corporales, clínicos, radiológicos o de laboratorio, lo hace esperando se llegue al diagnóstico en el que luego se fundamentará el tratamiento. Puede tener miedo de que se descubra en el una enfermedad grave. Puede desear el alivio de que el médico le diga que "no tiene nada" y le haga solo alguna banal recomendación. Puede preocuparle la idea de que quizá las indicaciones terapéuticas que terminaran los exámenes, significarán molestias o privaciones. Puede también desear que si padece alguna enfermedad, ella le sea bien definida para poder atenderla convenientemente. De todas maneras, el enfermo al que se ha de examinar por alguna enfermedad o trastorno somático, lleva su cuerpo al médico y espera, en posiciones afectivas diversas, que el médico se pronuncie sobre su cuerpo. Su cuerpo es el que quizá este mal. Puede tener temor de que el médico encuentre en su cuerpo una enfermedad grave, pero el enfermo no se siente el *mismo* comprometido por el juicio del médico. Puede el médico decirle que padece una enfermedad, pero en manera alguna al decirle esto, lo juzga a él mismo. Por otra parte, el enfermo no puede, tampoco quiere, falsear ante el médico la realidad del estado de su cuerpo. Puede desear que el médico encuentre a la enfermedad en tal o cual órgano, para combatirla —la enfermedad que puede matarlo—; como al oír ruidos de noche en su casa y llamar a la policía, desea que este encuentre al ladrón o bien que lo cerciore de que los ruidos fueron una falsa alarma. En cambio, en la entrevista, psicológica, el sujeto se presta para que el investigador —psiquiatra o, psicólogo— formule un diagnóstico. Pero al llegar al diagnóstico psicológico lo que hace el investigador es formarse un concepto del enfermo. El enfermo no se siente comprometido

por lo que se piense que hay en uno de sus órganos, así como el dueño de casa no se siente culpable ni humillado porque se encuentre en ella un ladrón oculto. El médico dirá "Fulano *tiene una* neumonía". Quiere decir que Fulano padece una infección producida por neumococos en sus pulmones. Pero el psicólogo dirá en cambio: "Fulano es un débil mental" o "Fulano es un obsesivo". El psicólogo define al sujeto de su estudio. El psicólogo se forma un concepto de su paciente. El examen psicológico permite definir al paciente, y el paciente piensa que el psicólogo lo ha "catalogado", lo ha "encasillado", le ha "puesto un sello". Una señora examinada por mí, me decía: "No me importa que usted piense que soy una paranoica. Pero no quiero, y me daría odio contra usted, que pensase que soy una histérica". La señora creía que los histéricos son seres débiles de carácter, fracasados, pobres diablos que recurren a triquinuelas ridículas para procurarse un mezquino lugar en el mundo; mientras que los paranoicos, para ella, eran seres altivos, orgullosos y capaces de, enérgicamente, salir en defensa de sus derechos y hacerse valer.

Por supuesto, un examen corporal también puede provocar este tipo de angustia, si el paciente teme que a través de él, el médico pueda juzgarlo. Por ejemplo, una joven soltera puede abrigar este tipo de temores cuando al examinarla pudiera descubrirse que ha mantenido relaciones sexuales. O, a la inversa, en determinados grupos sociales en los que se rinde culto a la liberación sexual y a la falta de prejuicios, el temor de una joven puede relacionarse con el ser reconocida como virgen. Es decir que el miedo está condicionado por la sanción moral — segregadora— que suponemos vamos a merecer: y puede ser más catastrófica el caer bajo el desprecio y la burla que el ser culpable de algo verdaderamente malo, pero vivido como expresión de valentía y arrojo. La mortal gravedad del peligro implicado en el juicio del otro está condicionada por lo definitorio de este juicio. Lo que se teme, es quedar definitiva e inapelablemente definido, podríamos decir: encasillado, catalogado, fichado, etiquetado, *cosificado*. Puede no importarnos de lo que los demás piensen de nosotros, si por este pensar no nos sentimos cosificados. Puede no importarnos que se piense mal, que se hable mal de nosotros, si a pesar de ello conseguimos mantener nuestra autoestima, y si de esa situación no resulte que debamos sentirnos segregados. Pero en una entrevista psicológica se nos encasilla y marca inapelablemente, porque ha sido una entrevista "científica", sobre todo si, en la misma, el investigador ha recurrido a los tests. Desde luego, el investigado siempre tiene alguna defensa: hasta el recurso de no creer ni en los psicólogos, ni en la Psicología, ni en los tests. Además, el diagnóstico del psicólogo muchas veces no significa un juicio valorativo, por ejemplo: "Fulano tiene una obnubilación mental porque recién ha salido de un proceso infeccioso". Pero, en general, toda neurosis, toda psicosis, comporta, en el fondo, un problema moral y de autoestima. Así tememos al diagnóstico que implique ser

reconocidos y tener que reconocernos, inapelablemente, como culpables o torpes o ridículos; todo lo cual significa quedar definitivamente en el grupo de los separados, de los segregados, de los al margen o por debajo del grupo que está bien.

Cuando Baer Bahía me administró el Rorschach, yo tenía presente que todo lo que dijese e hiciese sería registrado por el para juzgarme. Podía no importarme para nada de lo que el, como persona, opinase de mí, pero mi temor era quedar definido por un técnico, que un técnico formulase un veredicto. También, a solas, experimenté esa angustia al encontrar las láminas en el servicio de Psiquiatría. ¿Qué era yo si no sabía qué eran esas laminas que por otra parte venían en un sobre con el rótulo "Psychodiagnostik", y en las cuales yo encontraba radiografías de pelvis, disparatadas y que no podían ser? La posibilidad de que mi conducta, ante otro o a solas, defina y determine mi ser, es la fuente de mi angustia: porque, aún a solas, está presente, para mí, en mi conciencia, el juicio que los demás podrían formular.

Baer Bahia señala que "la situación del Rorschach posee una característica: la de constituir una situación de transferencia, en todo semejante a la situación de transferencia analítica" (1). Creo que es así. Esos fenómenos que Freud llamó "de transferencia", se dan en la situación del Rorschach exactamente de la misma manera que en una sesión de psicoanálisis. Los continuadores de Freud, y en particular los de la corriente kleiniana, han investigado, desde sus puntos de vista, y han desarrollado, la teoría de la transferencia. Las ansiedades a que me he referido corresponderían a la actualización, en la situación de transferencia, de las primitivas ansiedades persecutorias de la posición esquizoparanoide. Muy fácilmente, por razonamientos analógicos se puede interpretar así. Pero el hecho de que el niño pase por ansiedades persecutorias, no basta para explicar todo el fenómeno actual. Para el psicoanálisis, freudiano o kleiniano, en el adulto tiende, bajo el imperio del impulso a la repetición, a reproducirse la primitiva experiencia persecutoria, para controlar lo cual, en el curso de la vida, el yo se fortifica y organiza sus defensas. Sin embargo, ¿que es lo que teme el sujeto que concurre a que se le tome un test? Dijimos: el ser encasillado, definido, cosificado, que se rotule su ser. Haber pasado por experiencias persecutorias en la infancia dispone a estos temores; pero estos temores son en gran parte nuevos y tienen una, en gran parte, nueva, inédita significación. Los psicoanalistas dicen que *no son mas* que la repetición de los temores primitivos, repetición fatal e ineludible, a la que estaríamos condenados por la actividad, oculta y profunda, del instinto de muerte. En la situación del Rorschach, el sujeto necesita dar respuestas para que las láminas tengan un sentido; y para satisfacer al investigador y manejar en cierto modo su pensamiento, a fin de que el concepto que este tenga de el, del sujeto, le sea favorable. El sujeto pretende muchas veces atajar la formación en el investigador, de un concepto adverso a

el: "Usted va a pensar que yo no tengo imaginación. Qué torpe soy!". En las sesiones de psicoanálisis, el paciente, que paga al psicoanalista para que este lo escuche y le interprete, sin embargo teme muchas veces aburrirlo o cansarlo o no resultarle interesante o caer ante el en el ridículo o "no darle material" ; y teme la valoración que, de el, el analista haga, a pesar de la benévola indiferencia frente a los problemas morales que este último le demuestra; aunque en verdad, tarde o temprano, de la actitud del analista se desprenden normas, opuestas desde luego a la moral victoriana, pero normas al fin. También, en el más banal encuentro, por ejemplo en un vagón del subterráneo, con una persona cualquiera a la que no tenemos nada especial que decirle, nos sentimos en la necesidad de darle conversación. Recurrimos a los lugares comunes, pero nos violenta permanecer en silencio. La otra persona se convierte en perseguidora: para que no piense que somos desatentos con ella, buscamos cualquier cosa que decirle. Todo esto puede ser reducido, analógicamente a las vivencias primitivas, esquizoparanoides, de persecución oral, etc. Sin embargo, la relación con el otro, creo que lo hemos visto, tiene aspectos especiales no fácilmente reducibles: porque el temor a ser considerado culpable o ridículo está fundamentalmente en relación con el ser *clasificado* como tal, definitivamente; de lo cual deducimos que este temor se produce por asociación con el que inspira el estar aparte, por ser de otro grupo, de otra clase de gente, inferior o indigna ; gente que está por debajo, menospreciada o culpable, inhábil, torpe y sometida, manejada. Aquí también pudieran los psicoanalistas decir que eso *no es mas* que el miedo a ser abandonado por los padres, a que los padres formen un grupo y el, desvalido, quede aparte. En verdad, un tal temor puede ser muy operante en el niño hasta un cierto momento. Pero el sujeto adulto tiene, además de su historia infantil, la experiencia actual de vivir en una sociedad dividida en clases, la experiencia actual de que unos grupos de personas someten a otros. Esta experiencia actual se conjuga con la historia infantil y le otorga un aspecto nuevo. Prescindamos, dada la limitación de este trabajo, de la consideración de muchos aspectos teóricos — discutibles— y admitamos que el lactante_ pasa por experiencias angustiosas que son las que determinan las posiciones esquizoparanoides y depresivas, posiciones que subsisten siempre en el fondo de cada sujeto: ellas, con las fantasías que implican, según los psicoanalistas son "una concomitance constante e inevitable de las experiencias reales, en constante interacción con ellas"- (2). La - realidad podrá influir y modificar las fantasías inconscientes. Pero, ¿cuál es la "realidad" de que aquí se habla? Un hecho, negativo, que siempre llamó mi atención, es el de no haber encontrado en la obra de ningún psicoanalista, la definición de lo que ellos entienden por "realidad" o, por lo menos, un uso preciso de esta palabra que sirviese para definirla. Nunberg, expresión del más ortodoxo pensamiento de esta escuela, nos dice: "Si dudamos, por ejemplo, de

si un objeto existe realmente o se trata solo de una ilusión, no tenemos más que extender la mano para convencernos de la realidad o irrealidad de nuestras percepciones sensoriales. Esta comprobación se conoce con el nombre de *examen de la realidad*" (3). Esta es la postura del más ingenuo realismo. Su correlato es concebir al mundo como formado únicamente por cosas. Como, desde luego, a las clases sociales no se las puede ver ni tocar, la existencia de las mismas no puede ser reconocida como verdaderamente real. Continúa Nunberg: "En las fases evolutivas más elevadas, tal examen (el de la realidad) no se realiza exclusivamente por medio de la motilidad (tocar) sino también con el concurso de la inteligencia. La tarea del yo no consiste, pues, únicamente en la simple percepción, sino que al mismo tiempo le está encomendado el examen de si lo percibido se encuentra en el mundo interno o en el externo" (4). El nivel epistemológico en que se desarrolla la literatura psicoanalítica ha mejorado en los últimos años; pero, los autores de esta escuela, no parece que se hayan hecho cargo de la constelación de problemas vinculados con la existencia del otro; y ello no por puras negligencias individuales, sino por que la estructura misma de las teorías psicoanalíticas se opone a este conocimiento.

Sin embargo, Hegel, hace mucho, examinó dialécticamente la independencia y dependencia de la conciencia de sí. Creo que en las páginas en que nos habla sobre el amo y el esclavo (5) nos da la clave para aproximarnos al fenómeno psicológico que nos ocupa. No puedo desarrollar este tema como desearía. Pero apuntaré algunas observaciones: cada persona, en su relación con otra, tiene siempre una representación del "status" del otro en relación con el de él mismo. Cada persona, en cada una de sus experiencias con otra, tiene presente si esta es un igual, socialmente, o un inferior, o un superior. Lo que cada persona supone o fantasea o imagina o percibe, respecto a su posición social frente a otra o a un grupo, tiene siempre un correlato de angustia. Las conductas resultantes pueden variar infinitamente en sus expresiones, pero siempre entre los límites de la sumisión, de la lucha o de la opresión; y también de la colaboración. En los contenidos particulares sí aparece o resurge lo condicionado, adquirido a través de las experiencias de cada historia infantil individual; aunque no debemos olvidar que cada infancia transcurre en el ámbito de una familia determinada, perteneciente a una determinada clase social en un momento histórico dado.

De manera que la explicación dentro del marco de la "transferencia" psicoanalítica de los fenómenos que nos ocupan, es insatisfactoria: deja de lado el miedo básico, a la cosificación, el peligro mortal que, en la dialéctica hegeliana, amenaza, aunque de distinto modo, tanto al amo como al esclavo. En el mundo verdaderamente real, a la opresión que sufren unos grupos sociales se asocian hoy las ideas de ser menospreciados, humillados, impotentes, desposeídos; de manera que, al prestarse para un

diagnóstico psicológico, lo que se teme es merecer inapelablemente los calificativos desvalorizantes que equivalen afectivamente, en la imaginación de cada sujeto, a quedar ubicado para siempre en la clase social inferior. Todos los pacientes a quienes se les toma el Rorschach son presa de esta angustia; aunque, en cada caso individual la angustia pueda exteriorizarse en forma diversa. Y si alguna vez ella no se presente, esto ocurre en los casos en que, por una insuficiencia o un deterioro mental, el sujeto ya no lucha frente al otro.

Un alto magistrado, un camarista en lo penal, que además de ocupar ese cargo pertenecía a una familia de prestigio social, por eventualidades que no es do caso mencionar, concurrió a que le administrase una batería de tests. En el momento del examen, su edad era de 65 años. Frente al test de Raven, a pesar de que mostró el malestar que le ocasionaba una situación de examen, se comportó con optimismo. Porque en el Raven la solución de los problemas se alcanza mediante completar, encontrando la parte omitida, un cuadro, mutilado, de dibujos geométricos. Las partes que constituyen los dibujos geométricos de cada cuadro están ligadas entre sí por relaciones estrictamente lógicas. El camarista en lo penal percibió correctamente, a través de la consigna, cual era la índole de la tarea que se le pedía cumpliera, tarea análoga, en sustancia, a aquellas que constituyeron, durante toda su vida, su quehacer profesional, y en las cuales él sabe que ha tenido notorio éxito. Un cierto malestar le produjo, sin embargo, realizarlas ante mí, por el riesgo de equivocarse en la solución. Aceptó sin embargo la prueba y llevó a cabo su tarea con cautela, pensando mucho antes de dar cada respuesta. Acertó en las doce matrices de la serie A, en once de la B; en diez de cada una de las series siguientes C y D; y en siete de la serie E. Da por tanto, un puntaje bruto de 50. No hay ninguna discrepancia. Este puntaje nos indica que el doctor posee una elevadísima capacidad intelectual. En efecto, a los 65 años, se encuentran comprendidos en el percentil 95 los sujetos que tienen 42 aciertos. Con 50 soluciones correctas se puede figurar en el percentil 95, aunque no se tengan más que 45 años.

El test de Bender fue ejecutado con meticulosa prolijidad. Buscó siempre, incluso mediante el empleo de líneas auxiliares, la reproducción más exacta posible de los modelos, cuya forma percibió con precisión, advirtiendo hasta el apareamiento de los puntos del dibujo n° 1; aunque la realización material no fue siempre irreprochable en este dibujo y en el A y en el n° 2, por no haber podido controlar bien alguna impulsividad en los movimientos. Todos los dibujos aparecen repasados y retocados.

Los dibujos de figuras humanas muestran un alto nivel, en todos los aspectos, aunque con una tendencia excesiva a repasar, retocar, borrar, rehacer y borrar.

En cuanto al Rorschach, empezaré por transcribir el protocolo con su retest o

interrogatorio, seguido de la clasificación de las respuestas, y de los cálculos y fórmulas.

PROTOCOLO	INTERROGATORIO
<p>20 h. 25'. Lamina I</p> <p>Una mancha de tinta que ha sido doblada, (me lo explica).</p> <p>45". R. 1. — Parece una mariposa.</p> <p>R. 2. — También un murciélago (lo describe). No es que lo vea, pero hace pensar. Es una mancha doblada. Aquí, el centro de la dobladura.</p> <p>Es lo que hace evocar. Es tal el respeto que tengo por usted que no me anima a hacerle ninguna pregunta (relator, evasiones). (Quiere ser útil a la sociedad)</p>	<p>R. 1. --- Toda. Esas mariposas negras que tienen manchas. Aunque estos son agujeros (Dbl 16 y Dbl 17), no manchas; corresponderían a un amarillo, un rojo.</p> <p>No mariposa de jardín sino esos mariposones negros. Impresionantes, son bichos de mal agüero. Negras, peludas, esas mariposas negras tan peludas. Sobre todo impresionan cuando uno es niño (?)</p> <p>En el campo.</p> <p>R.2. — Observando esta especie de manitos (D 10) pensé, en un murciélago. Estas las patitas (Dd 13) y estas las manitos (D 10) . La forma de las alas, el color. Negro.</p>
<p>28'. Lamina II.</p> <p>Las dos partes iguales. No me suscita nada.</p> <p>15". R. 1. Una pelvis. La negro.</p> <p>Soy muy torpe en medicina.</p> <p>Lo colorado no me suscita nada.</p> <p>Nada, un adorno.</p> <p>Una pelvis de mujer, tal vez.</p> <p>Yo he hablado mucho sobre arte abstracto (me lo explica). En vez de la inteligencia trabaja la imaginación. Siempre me ha gustado lo impreciso. Una vez di una conferencia sobre el "Elogio de la inexacto" (me lo relata).</p>	<p>R. 1. — Lo demás nada, no veo. Sería pecar de imaginativo. Esto (D 3) me sugiere el monte de Venus de la mujer, pero es absurdo, el monte de Venus en una pelvis, sin la carne. Pelvis porque, si se toman las dos secciones, reproducen la pelvis de una mujer. Por la forma de una cierta, concavidad donde se asienta el feto. Monte de Venus no por el color, sino por la forma y por la posición en la parte anterior de la pelvis. Los pelos, sin los genitales. El monte de Venus es sumamente llamativo. Esto toca un ángulo muy especial de mi modo de ser. El monte de Venus es como una especie de imán.</p>

30'. Lamina III. Esta es interesante.

5" R. 1. — Dos figuras masculinas. Dos hombres del 900 con sus tacos, cuello alto, su nariz en punta. La negro. Lo colorado está demás, un elemento decorativo. Dos hombres muy ceremoniosos, como los del 900, con su cuello alto, quizá de frac. En cuanto a lo colorado, no digo nada.

Bonitas las figuritas. ¿Vienen hechas o las hace Ud.?

Una frente pequeña y nariz grande.

Lo característico es el tacón y el cuello. Un gran consuelo hablar con Ud., porque recobro mi integridad. Hay en mi autosugestión (todo esto con muchas explicaciones. Me habla de sus insomnios) Los sellos contra el insomnio me secan el intestino.

La piel está mejor. (Conversa.)

(Me habla de las estufas a kerosén y me dice que le asfixian.)

Llego al Juzgado y recupero el imperio de mi personalidad. Pero en mi casa soy un chiquilín. (Me explica que busca el apoyo de su mujer.)

35'. Lámina IV.

10". R. 1. -- A lo que más parece es a una piel con todo su pelo, extendida en el suelo. Un león. Tigre no puede ser. Oso. Animal peludo.

Es un símil. Es a lo que mas se parece. Manchas de tintas dobladas. Muy interesantes. (Me habla sobre las escuelas

R. 1. — Se están saludando. Tienen en la mano algo absurdo. Si fueran mujeres, yo diría abanicos de plumas. Frac por la forma. Pantalón bombilla. Muy claro, muy bonito.

Clara, esta corbata, una corbata colorada, no tiene que ver. Rompe la armonía. Es muy bonito y hasta gracioso. Se están saludando así (hace el gesto imitándolos) como en un baile.

R. 1. — Piel de animal grande, peludo.

Por las manchas que evocan el pelo de ese animal. Posiblemente marrón. Los grises de los románticos franceses (me da explicaciones sobre los románticos) Mas bien un oso, un enorme oso.

<p>de pintura.)</p> <p>37'. Lamina V.</p> <p>1". R. 1. — Esto es un murciélago. Cabecita. Alas, patas. Mas bien un vampiro par la forma. ¡Qué curioso, que caprichoso! Yo le tengo un gran respeto a Ud., doctor. Por su cabeza, la forma de su cara. (Luego me relata que en una comida le toco estar al lado de un psiquiatra, que le dijo: "aguanto a cualquier loco, pero no a un neurasténico". El piensa ser neurasténico, porque se queja de diversas afecciones, así que guarda silencio; pero pensó del psiquiatra: "éste no es un médico".)</p> <p>39'. Lamina VI.</p> <p>¡Qué bonito esto!</p> <p>¿No se puede invertir? V</p> <p>45". R. 1. --- Puede ser un oso hormiguero con su hocico (D 3) sacándole estos bigotes (D 4) que no tiene nada que ver. Creo que es rabón el oso hormiguero. (Consulta sobre sus enfermedades.)</p> <p>41'. Lámina VII.</p> <p>Que raro! V</p> <p>15". R. 1. — Un peinetón. Uno de esas peinetones coloniales que se ponían las mujeres.</p> <p>Pero esto no es tinta, esto es pintura.</p> <p>R. 2. — Claro, si fuera completo seria un sofá. Pero es peinetón. ¡ Qué bonito!</p> <p>43'. Lamina VIII.</p> <p>Cuando interviene el color es más difícil.</p>	<p>R. 1. — Después de mucho vacilar. Porque es el único que tiene el hocico así. La piel de oso hormiguero estirada. Por las manchas.</p> <p>R.1. Toda. Clara que le faltan los dientes. Acá estarían los dientes (entre los dos Dd7).</p> <p>R.2. — Todo lleno, un sillón de brazos. Interesante este test. Servirá para ver el grado de cultura.</p>
--	--

<p>Es perturbador el color. Interviene sobre el sexo.</p> <p>¡Qué cosa! Siempre veo animales pero esta vez no es tan claro.</p> <p>45". R. 1. — En las manchas rajadas, dos animales.</p> <p>R. 2. — El centro es una cosa que no tiene lógica porque parecen hojas secas, ¿cómo pueden subir los animales? La parte central; si no estuvieran los animales, podrían haber sido hojas de árbol.</p> <p>45'. Lámina IX.</p> <p>¡Qué bonito! Como color es precioso. La dificultad está en estas cosas coloradas.</p> <p>No, no vea nada.</p> <p>El contraste de los colores es muy agradable. Como pintura informalista es muy bonita. Sugiere cosas románticas. No sugiere un crimen. Son colores musicales.</p> <p>El verde está muy bien puesto. Son colores musicales.</p> <p>Nadie podría encontrar nada en esto. Tal vez un niño. Son cosas de capricho, forma. (Me habla de un dolor que padece en la columna vertebral)</p> <p>Me pongo a escribir cualquier cosa y salgo de esto. Tengo la impresión de que dentro de un mes seré un hombre optimista; cuando pasen las humedades.</p> <p>48'. Lámina X.</p> <p>¡Muy bonito! ¡Qué bonito! ¡Qué agradable!</p>	<p>R.1. — Dos pequeños animales que estaban subiendo, trepando. Veo los animales que suben (los describe) . Un animal de cola corta.</p> <p>R.2. — Hojas, en pleno otoño. Y éstas también, verdes (D. 4). La de arriba (D 5) no se.</p> <p>Todo, un escudo heráldico. Por la forma en que está puesto. Las animales de escudos. El color no, porque los colores de los escudos no son así.</p> <p>Nada. Un tema de color. Sigo sin ver nada. (Me hace elogios de las láminas.) Tienen su belleza...</p>
---	---

<p>Como tema pictórico, vale mucho mas que como tema psiquiátrico. Esto es un tema intelectual, no hay animales.</p> <p>Es una composición plástica agradable.</p> <p>Produce una sensación de belleza. Como hay dos manchas iguales, da una impresión de armonía.</p> <p>No hay composición, pero resulta una composición de arte abstracto de una gran belleza. El tachismo francés que viene de la palabra "tache".</p> <p>Es una cosa plástica, agradable.</p> <p>No sugiere animales ni muebles ni nada.</p> <p>(Largas disertaciones.) Es interesante cómo el blanco y el negro sugieren otra cosa. En cambio el color lleva más por otros caminos.</p> <p>51'.</p>	<p>Una preciosura.</p> <p>Esta mancha suelta (D 6) podría ser un erizo de mar. Pero lo importante es la armonía de color musical. No hay nada desagradable. Es una cosa exquisita. Por casualidad sale esto.</p> <p>(?)Un erizo de mar, por la forma.</p>
---	--

Láminas mas lindas: IX y X desde el punto de vista estético.

Láminas mas feas: Las mas repelentes: I y II. Esta (I) por el bicho. Esta (II) por lo informe.

La más graciosa, fina, esbelta (III).

La más evidente (V).

CLASIFICACION

25'. Lamina. I.

Descripción de la realidad objetiva.

45". R. 1) G. F+. Clob. A. Ban.

R. 2) G. F+. Clob. A. Ban.

Comentarios. Relatos. Evasiones. Referencias personales.

28'. Lamina II.

Simetria. Shock.

15". R. 1) D. F+. Anat./Sex. (DD. oculta)

Mención y rechazo del rojo y de lo sexual. Evasión hacia temas culturales.

Adicional: D. F---. Sex. Orig.— Po. ó D. FC+ Sex.?

30'. Lamina III. Sbock (elogios).

5", R. 1) G. +. H. Ban.

Elogios de la lámina. Mención y rechazo del rojo. Referencias personales. Relatos.

Quejas hipocondríacas.

Adicional: D. FC+. Obj. Ban. (criticada y rechazada).

35'. Lamina IV.

10". R. 1) G. FE+. Piel. Ban.

Conciencia de interpretación. Evasión hacia temas cultos.

Adicional: G. FE+. A.

37'. Lamina V.

1". R. 1) G. F+. A. Ban. → Kan.

Control de la relación con el investigador.

39'. Lamina VI. Shock (elogios).

V 45". R. 1). DG. F--. A. Orig.—

Critica de objeto. Fuga hacia las quejas hipocondríacas.

Adicional: G. FE+. Piel. Ban.

41'. Lamina VII.

V 15". R. 1) G. F+. Obj. Orig.+

Descripción de la realidad objetiva:

R. 2) G. F+. Obj. Orig +. Critica de objeto.

43' Lamina VIII.

Shock al color.

45". R. 1) D. Kan + A. Ban. } Combinatoria
R. 2) D. CF. Nat } negada

Adicional: G. F+. Heráldica. (Desvitalización de los animales de D 1 y color criticado y negado).

45' Lamina IX.

Shock. Fallo. Critica de objeto (elogios). Fuga en temas intelectuales. Disertaciones.
Fuga en quejas hipocondríacas.

48' Lamina X.

Fallo. Critica de objeto (elogios) Disertaciones. Fuga en temas intelectuales.
Adicional: D. F+. A. (marino).

51'

COMPUTOS Y FORMULAS

R.: 11; T.: 26'; t.: 141" (2'21")

G.: 8 (Una DG)	F.: 7 (dos FClob)	H.: 1	F %: 63
D.: 3	F+: 6	A.: 5	F+ %: 85
App.: G - (D)	F—: 1	Anat/ Sex.: 1	A %: 45
	K.:	Piel: 1	Orig.: 3:27 %
	Kan.: 1	Obj.: 2	(dos orig.+ y
	CF.: 1	Nat.: 1	una orig.—)
	FE.: 1		Ban.: 6:53 %

K/C: 1/1

VIII-X/R: 2/11: 18%

Para administrar este Rorschach tardé veintiséis minutos, por supuesto sin contar el tiempo adicional que me tomó el retest ; y el tiempo habría podido ser mucho mayor si yo no le hubiese interrumpido alguna vez en sus disertaciones. Estoy absolutamente en desacuerdo con el criterio de limitar el tiempo, que propugna la mayoría de los autores. Creo que en el Rorschach es fundamental el registro de la conducta del sujeto tal cual se presenta y lleve el tiempo que lleve. Pero en este caso me aparté, por excepción, de mi norma, porque, en efecto, el doctor tendía a dejar completamente de lado la lámina, aunque permaneciendo con la misma en la mano, para, en cambio, conversarme sobre diversas cuestiones, de modo que yo llegaba a la certidumbre de que su conversación se iba a prolongar indefinidamente y no iba nunca más a volver con su atención a la lámina. En ese lapso (y con la salvedad antedicha), el doctor dio solo once respuestas. Son pocas. El tiempo promedio por respuesta sería igual a más de dos minutos, sumamente prolongados y ¿por qué?. Porque el doctor habló mucho, pero se ocupó muy poco en dar respuestas en las láminas, aunque seguramente la mayoría de las respuestas fueron rápidamente concebidas. Las respuestas fueron en su mayor parte globales. En efecto, tenemos dos globales primarias, ambas banales, en la lámina I. Luego, en la II, una

respuesta de detalle grande, de contenido anatómica, en cuya determinación opera otro detalle, de contenido directamente sexual, que el doctor no menciona hasta llegar al interrogatorio. En la III, la global técnica de Rorschach, banal. En la IV y en la V, sendas globales banales. En la VI, una global confabulatoria, original negativa que, en el interrogatorio, es convertida por el sujeto en una global banal. Dos respuestas globales, originales positivas, hay en la lámina VII; y en la VIII dos de detalle, uno de los cuales banal, que constituyen en verdad una global combinatoria afirmada y negada. Hemos contado once respuestas, de las, cuales echo globales y tres de detalle. Podríamos también contar diez respuestas, todas globales menos la de la II, si consideramos que los, dos detalles de la VIII formal una global combinatoria, a pesar de que el sujeto la niega.

En la lámina VII, invirtiéndola, el doctor elabora dos respuestas originales positivas. En todas las otras, ve to más banal que en cada lámina puede encontrarse, excepto en la II y en la VI. En la II, seguramente por efecto del shock al rojo, unido a la imagen sexual suscitada precisamente por la forma del área roja central inferior. En la VI, porque, a partir de la prolongación superior, de fuerte connotación sexual, elabora confabulatoriamente una mala forma —una original negativa de animal, animal cuya configuración real no consigue representarse ("Creo, que es rabón el oso hormiguero"). Sin embargo, en el interrogatorio, relajándose en cuanto a exigir forma definida, y apoyándose en el sombreado, da "la piel de oso hormiguero", "por las manchas", con lo cual, en cierto modo, abandona la originalidad y logra de nuevo una respuesta: banal.

El rojo 'de las láminas II y III es mencionado insistentemente por el doctor, pero para excluirlo. Dice que "no le suscita nada", "está demás, un elemento decorativo". No da ninguna respuesta en tales áreas, ni siquiera por la forma de las mismas, con prescindencia del color. Recién en el interrogatorio reconoce la "corbata colorada" de la III, pero la rechaza. En las tres últimas láminas, ve los animales y luego las hojas según, éstas por el color, pero considera ilógica la combinatoria que se le presenta. ¿Cómo pueden subir los animales?". En las dos últimas se extiende en descripciones y elogios de las mismas, pero no da respuestas.

El porcentaje de formas es normal. El F+ % igual a 85 es muy bueno y especialmente a su edad. Pero aquí, lo importante es que ese nivel formal está mantenido principalmente por la utilización de las banales, es decir, mediante hacerse cargo de lo obvio, de aquello de cuya verdad se está seguro. Sin embargo, es capaz de producir originales buenas en la lámina VII, lámina que invierte y en la que no ve los banales rostros de mujer.

Las respuestas no de forma pura, son: una de movimiento humano y otra de movimiento animal y una de forma estompage, todas banales; y una de color forma, en la VIII, la única en que elabora el color, pero con contenido depresivo. Rechaza la combinación

con los animales por razones "lógicas". Las menciones del color, en contraste con este contenido depresivo de las "hojas secas", son siempre para elogiarlo o festejarlo o para hacer disertaciones sobre arte pictórico, aunque él reconoce, por ejemplo en la lámina que "es perturbador el color" e "interviene sobre el sexo".

Los aspectos cifrables de este Rorschach quedan así sumariamente analizados. Pero he elegido este Rorschach para ejemplificar mi trabajo sobre la situación de entrevista, porque en él se manifiesta con la más ingenua espontaneidad, la lucha del paciente bajo la mirada del investigador ⁽⁶⁾. Sin duda esta lucha se da siempre, pero los sujetos la ocultan más o menos bien con el dar respuestas.

El doctor que, frente a los problemas del Raven o del Bender, pudo recurrir eficazmente a su capacidad de percibir y razonar, se encuentra en el Rorschach con que yo le presento una tarea no lógica. No se trata de que perciba un objeto real, inequívocamente representado en la lámina. Yo lo pongo, al contrario, en la situación de tener que imaginar objetos, sobre la base de elementos realmente existentes en las láminas, pero ninguno de los cuales tiene la forma precisa de un objeto del mundo real, conocido por él; elementos que siempre o casi siempre se contradicen entre sí (7). La vez que encuentra en una lámina una forma inequívoca o casi, dice instantáneamente: "Esto es un murciélago"; pero el tener que "imaginar" cuando las condiciones objetivas le impiden "ver", y ello en mi presencia, lo coloca en una situación traumática, para superar la cual recurre a todas las técnicas que aprendió en su vida.

Al darle la lámina I, inmediatamente percibe la verdad objetiva de lo que yo le doy. "Una mancha de tinta que ha sido doblada". Y me explica perfectamente la confección de la lámina. Es decir, demuestra que no se engaña sobre la verdadera naturaleza del material que le presento. Después de cuarenta y cinco segundos de explicaciones, me da dos respuestas globales, dos banales. Puede pensar que en este nivel no se equivoca, ante mí, en su juicio. Sin embargo acota: "No es que lo yea, pero hace - pensar"; como para que yo no crea que él, el juez, se ha dejado engañar. Y vuelve a darme la explicación objetiva de la mancha de tinta. Sin embargo, sus angustias fóbicas se patentizan en las asociaciones siniestras que le provocan la mariposa y el murciélago, por lo oscuro de la mancha, y que recién explicita en el retest ; momento en el que acusa, además, que debería haber manchas de colores en, lugar de los "agujeros", los Dbl centrales. En el protocolo, menciona luego el centro de la dobladura. Pero en seguida me dice: "Es tal el respeto que tengo por usted que no me animo a hacerle ninguna pregunta". El respeto que él me dice tener por mí es el respeto que él quiere que yo tenga ante a El ha logrado una situación, en la villa, en la que puede pensar que está rodeado de respeto. Los magistrados judiciales son de los pocos funcionarios a quienes, en nuestro país, aun ahora, se les da un tratamiento especial, protocolar. Pero,

en esta situación del test, él pasa a ser observado, juzgado, por mí, mientras cumple una tarea nueva cuyas reglas de juego él no conoce y que, por otra parte, no tiene, en cierta modo, reglas de juego. El no sabe si yo, en mi interior, no estaré pensando de él algo irrespetuoso. Me hace diversos relatos, conversa, y me explica que, en sus funciones, él quiere ser "útil a la sociedad"; es decir, más en el fondo, ser apreciado por la sociedad y, en el aquí y ahora, por mí.

Frente a la lámina II, empieza por comprobar que "las dos partes son iguales", es decir que es simétrica. Luego dice: "No me suscita nada"; shock indudable, determinado precisamente por lo que la lámina le suscita. En efecto, poco a poco y cautelosamente, el doctor va declarando el objeto que esta lámina lo lleva a intencionar, aunque recién en el interrogatorio nos descubre ciertas imágenes que en él han surgido. Dice: "Una pelvis, lo negro". Y en seguida: "Soy muy torpe en medicina". Esto es, desde luego, para cubrirse ante una posible crítica mía sobre su respuesta. Luego dice: "Lo colorado no me suscita nada. Nada, un adorno". Sin embargo, en el interrogatorio veremos que precisamente el significado que para él tuvo el área roja central fue quizá el verdadero determinante de la respuesta. Llama luego nuestra atención el hecho de que, habiendo dicho: "Soy muy torpe en medicina", el señor camarista diga: "Una pelvis de mujer, tal vez". Es un contrasentido. Porque, si no es tan fácil a veces determinar el sexo a que perteneció una pelvis ósea, como podrá determinarse el sexo de la pelvis vista en el D 1 de la lámina? Decididamente imposible.

El doctor me relata a continuación que él ha dado conferencias sobre arte abstracto. Me da información sobre el tema. "En vez de la inteligencia trabaja la imaginación. Siempre me ha gustado lo impreciso". Todo esto traduce el shock, que disimula mediante la conversación en que explaya su cultura y menciona las actividades intelectuales que ha realizado; así atrae mi atención sobre estos aspectos de su personalidad y la desvía de las consideraciones que yo puedo in mente hacer sobre la pelvis que él ha visto. El no sabe qué puede pensar el otro de que él y vea una pelvis, y de mujer; en cambio está seguro de que poseer cultura artística da prestigio.

El interrogatorio de esta lámina es muy revelador. Ha dicho no ver más que la pelvis. Ha rechazado "lo colorado". En el interrogatorio dice: "Lo demás (fuera de la pelvis) nada, no veo. Sería peccan de imaginativo". Precisamente, en el Rorschach, de lo que se trata es de crear imágenes a partir de lo dado por la lámina. Y el sujeto, probablemente desde el primer momento, había imaginado, en el área roja inferior, algo que rechazó; porque, en el interrogatorio, con salvedades, lo confiesa: "Esto (D 3) me sugiere monte de Venus de la mujer, pero es absurdo, el monte de Venus en una pelvis, sin la carne". Por una razón lógica (cfr. luego la lógica con que rechaza la combinatoria en la lámina VIII) no puede admitir que en el D 3 esté el monte de Venus. Sin embargo, esta presencia fue

lo que mayor impacto le causo. Con la misma lógica que invoca, hubiera podido admitir el monte de Venus y rechazar la imagen de la pelvis ósea. Pero, en el protocolo, opta por la solución que excluye el área roja y acepta la muerta pelvis ósea (cfr., también en la lámina VIII, la transformación de los animales que ¿como pueden subir?, en un escudo heráldico) . En el interrogatorio de la lámina II, explica, racionalizando, la imagen de la pelvis de mujer: "Pelvis porque, si se toman las dos secciones, reproducen la pelvis de una mujer. Por la forma de una cierta concavidad donde se asienta el feto". De todos modos, aunque la forma de pelvis, en el D 1 de la lamina II, sea buena (Bohm), la explicación de que sea femenina por su concavidad, es arbitraria. Dice luego: "Monte de Venus no por el color sino por la forma y por su posición en la parte anterior de la pelvis. Los pelos, sin los genitales". Lo que en verdad suele verse en el D 3 de la lámina II es una vulva. El doctor reprime esta imagen y la sustituye por el monte de Venus, "los pelos sin los genitales", imagen en cierto modo más púdica; aunque confiesa: "El monte de Venus es sumamente llamativo. Esto toca un ángulo muy especial de mi modo de ser. El monte de Venus es como un imán". La respuesta "vulva" o "genitales femeninos" está generalmente determinada por la forma y el color. El investigado dice: "monte de Venus no por el color, sino por la forma y por la posición en la parte anterior de la pelvis". Da una respuesta original negativa, mediante la cual puede negar el color y además presentar un contenido más púdico que el de la vulva, aunque al mismo tiempo el monte de Venus sea un imán para él. Es imposible saber si sustituye la mención de los genitales femeninos por la del monte de Venus a causa de parecerle esto último más púdico o si ve el monte de Venus, donde nadie lo menciona, en un área donde no hay motivos objetivos para verlo, por la atracción que ejerce sobre él; o por una conjunción de ambos factores. No puede ser, en verdad, por la forma.

Dice: "Por la posición en la parte anterior de la pelvis". Sería una respuesta de posición, signo característico de las esquizofrenias, que podría darse en una personalidad como la del doctor. Sin embargo no es de manera indudable una respuesta de posición; porque lo determinante ha sido la forma y el color, visibles objetivamente en la que lo llevan indirectamente a hablar del, monte de Venus. Es más posible que se trate de una respuesta confabulatoria DD: que haya visto el monte de Venus (o más bien el genital femenino) y haya confabulado la pelvis, con angustia ante mí, por temer mi juicio sobre sus conocimientos médicos. Rechaza en el protocolo, lo "colorado"; pero dice: "Una pelvis de mujer", cuando precisamente en el área roja central, por haber visto en ella la vulva o el monte de Venus, se encontraría la (mica explicación posible de que la pelvis pueda ser definida como de mujer. Al mismo tiempo, niega, como absurda, la combinación de ambos elementos, porque no puede combinarse la carne con el hueso. La lámina III le interesa de inmediato. Ve en ella "dos figuras masculinas" y las describe

como "dos hombres del 900", es decir de 'la época de su infancia. Cuando tomé este Rorschach hace varios años, el doctor tenía sesenta y cinco. Se complace visiblemente en la descripción de los "dos hombres muy ceremoniosos como los del 900, con su cuello alto, quizá de frac". En esta lámina del movimiento humano, él lo percibe con el contenido que, quizá nostálgicamente, puede serle mas grato (cfr. la lámina VII, en que no ve las mujeres, pero sí un peinetón colonial y un sofá). En la lámina III el color "está de más". Para no rechazarlo del todo, de manera descortés, lo califica de "elemento decorativo". Y luego él también me hace un gentil cumplido, como del 900: "Bonitas las figuritas. ¿Vienen hechas o las hace Ud.?". Su inseguridad lo lleva a buscar un acercamiento a mi: "Un gran consuelo hablar con Ud., porque recobro mi integridad". Sin embargo, la agresividad latente, motivada por la desconfianza al otro, la vuelve en parte contra él mismo y me habla de sus padecimientos físicos. Quizá en el fondo imagine que quejándose logre una buena relación conmigo. Me cuenta, incluso, que en su despacho tiene estufas a kerosén que lo asfixian. Sin embargo, me declara: "Llego a los Tribunales y recupero el imperio de mi personalidad. Pero en mi casa soy un chiquilín". Es decir, en la intimidad de su ser, se siente muy inseguro, pero su posición espectabilísima lo sostiene.

En el interrogatorio de esta lámina aparece un aspecto importante, que se correlaciona con lo mencionado sobre lo sexual en la II y lo que luego veremos en la VI: el sexo de las figuras por un instante aparece ambiguo: "Tienen en la mano algo absurdo. Si fueran mujeres, yo diría abanicos de plumas". Finalmente, ve, en el área 2, "una corbata colorada", es decir una respuesta D. FC+. Ob. banal, que rechaza: "Rompe la armonía". En la lámina IV, rápidamente, a los diez segundos, me da la banal respuesta de, la piel extendida. Aquí también se observa, y quizá con mayor claridad que nunca, la oscilación entre el cumplir la consigna viendo cosas en la lámina, y el afirmarse mediante rechazar esta tarea que lo coloca bajo mi mirada. Porque termina la lamina diciéndome que lo que ha visto es "un símil". "Es a lo que más se parece". Y vuelve a dejar constancia de que él sabe que lo que yo le doy son nada más que "manchas de tinta dobladas". Me las elogia: "muy interesantes", para no rechazarlas de piano, y me muestra su preparación, hablándome de las diversas escuelas de pintura. Sin embargo, cuando al principio mencionó la piel intentó saber de que animal era: "Un león. Tigre no puede ser. Oso". Es claro que si hubiera tenido siempre presente que lo que yo le mostraba no era más que manchas de tinta, no habría intentado semejante precisión. En el interrogatorio, incluso supone que el pelo de ese animal sea probablemente marrón. Retoma luego el tema de las escuelas de pintura y finaliza con una respuesta adicional: "Más bien un oso, un enorme oso". Pienso que esta adicional del "enorme oso", revela al fin la angustia ante la lámina .IV, así como en la I, recién en el interrogatorio aparecen las siniestras

asociaciones al Clob. En el protocolo no era un oso entero, sino solamente una piel estirada. También veremos que esta oscilación entre ver una piel y el animal entero, se da en la VI, así como en la VIII la escena viva se transforma, en el interrogatorio, en un escudo heráldico. En la II, también expresó la oposición entre lo esquelético y la carne. En la lámina V, por encontrarse con lo obvio, claro y definido, instantáneamente dijo: "Un murciélago" o "más bien un vampiro por la forma". Seguramente, en el momento en que el sujeto se siente del todo realizado en la tarea, por estar bien de acuerdo con lo percibido, con el objeto intencionado, olvida la presencia del investigador y la realiza sin el oprimente control de la mirada de éste. La angustia, ante lo desconcertante de la tarea a que yo lo someto, resurge luego: "¡Qué curioso, qué caprichoso!". Y vuelve a intentar congraciarse conmigo. "Yo le tengo un gran respeto a usted, doctor. Por su cabeza, la forma de su cara". La explicación absurda del respeto que dice sentir por, muestra que, en verdad, lo que busca es simplemente una relación pacífica conmigo por la ansiedad que le provoco en la entrevista. Después de esto, el relato de la anécdota del psiquiatra, casi no necesita comentario: quiere impedir que yo pudiera calificarlo de neurasténico inaguantable.

Al darle la lámina VI inmediatamente me dice: "¡Que bonito esto!", pero pide permiso para invertirla y recién a los cuarenta y cinco segundos da la respuesta del "oso hormiguero". Sin embargo no recuerda como son, los osos hormigueros. "Creo que es rabón el oso hormiguero". La verdad es que tienen una cola muy grande. En el interrogatorio, basándose en el estompage, dice: "La piel de un oso, hormiguero estirada". Ya importa menos la precisión formal. Pero lo importante es que él creó la imagen a partir del hocico dado por el área en la que se encuentra, apenas encubierta, la forma de un pene. En esta área, el pene rara vez es mencionado directamente, pero las respuestas que en ella se dan, nos informan sobre el halo de significaciones que él tiene para el sujeto: un faro, o un águila o un totem; o bien, un gusano aplastado o una crisálida transformándose en mariposa. Que el doctor vea aquí el hocico de un oso hormiguero —el hocico que ese animal introduce en los hormigueros para alimentarse de las hormigas—, a partir del cual da por supuesto —sin otro fundamento— al animal entero, cuya verdadera forma no recuerda ya que, al ver en la parte inferior una escotadura, el Dbl 23, dice que cree que "es rabón el oso hormiguero" aunque no se acuerda bien, de todo lo cual resulta una original mala; que el doctor opere en esta forma, nos lleva a pensar que, para él, el pene no tiene una representación normal, ya que no es reconocido, ni simbolizado adecuadamente sino que es desvirtuado, atribuyéndosele una significación muy particular y original; hecho que nos hace pensar que la posición del doctor ante la genitalidad, por lo menos en su imaginación tiene que estar alterada. (Cfr. la lámina III, cuando me explica que busca el apoyo de su mujer) .

En la lámina VII, el shock se manifiesta abiertamente. Dice: "¡Qué raro!". E invierte la lámina. Da dos respuestas globales, ambas originales positivas. La primera es: "Un peinetón. Una de esos peinetones coloniales que se ponían las mujeres". En el interrogatorio explica: "Claro que le faltan los dientes. Acá estarían los dientes". Es decir que hace una crítica de objeto. Para que lo presentado en la Lámina se ajustase a su imagen, habría que agregarle a lo que le falta y llenar el espacio blanco. La imagen intencionada, en esta cargada por su estructura objetiva de contenido femeninos (caras de mujer, un gran hueco central, la apariencia de una vulva en la unión de las dos mitades; mujeres en movimiento, contrapartida de los "hombres" de la lámina III, visibles invirtiéndola) es "uno de esos peinetones coloniales que se ponían las mujeres", (Cfr. los hombres del 900 de la III, el escudo heráldico de la VIII, etc.) cuya presencia no le satisface, por verse obligado a reconocer que está incompleto debiendo entonces decir: "Acá estarían los dientes". Hay en toda esto una atmósfera de frustración. En el protocolo observa con extrañeza: "Pero esto no es tinta, esto es pintura"; y dice: "Clara, si fuera completo, sería un sofá". El sofá, no lo aclara pero es objetivamente visible, también parece antiguo. Esta incompleto. Evidentemente, el espacio blanco central de la lámina lo perturba, por implicar incompletud. (Cfr. los "agujeros" en la "mariposa" de la lámina I). De todos modos termina diciendo: "¡Qué bonito!", un elogio forzado. Con una frase muy significativa cierra el interrogatorio de esta lámina: "Interesante este test. Servirá para ver el grado de cultura". Esto es para lo que él desearía que sirviera, y no para lo que en verdad sirve. Una apreciación análoga se encuentra en el protocolo de la X: "Muy bonito! ¡Qué bonito! Qué agradable! Como tema pictórico vale mucho más que como tema psiquiátrico".

En la lámina VIII expresa inequívocamente su shock ante el color: "Cuando interviene el color es más difícil. Es perturbador el color. Interviene sobre el sexo". Ha rechazado el rojo en las láminas II y III y ahora le perturban los colores suaves de la VIII. La presencia del color se toma siempre como significativa de vida, alegría, juventud. Al doctor lo turba y desubica. Dice: "¡Qué cosa! siempre veo animales, pero esta vez no es tan claro". En primer lugar, no es exacta que siempre haya visto animales. Al contrario, el índice de estereotipia animal es relativamente bajo; y, en segundo lugar, los animales de esta lámina son los más fácilmente reconocibles después del murciélago de la V. Recién a los cuarenta y cinco segundos el probando los descubre: "En las manchas rosa, dos animales". Luego pasa a considerar el resto y en el centro ve "una cosa que no tiene lógica porque parecen hojas secas, ¿cómo pueden subir los animales?". Es decir que, en los D 1 —las manchas rosas, pero por la fuerte forma— llega a ver los animales. Luego, en el centro, no percibe formas, pero los colores lo llevan a la asociación con las hojas secas, "hojas de otoño"; "hojas en pleno otoño". Personalmente, el

comportamiento del doctor frente a esta lámina, me hizo vivir la misma emoción que la lectura de algún poema elegíaco sobre la pérdida de la juventud. La depresión y la angustia se expresan dramáticamente al no poder combinar los dos elementos vistos en la lámina. Describe a los animales que suben, pero, ¿cómo pueden subir los animales, qué apoyo pueden encontrar en las hojas de otoño? En el interrogatorio transforma todo en un escudo heráldico, en el antiguo símbolo de un elevado status. Los animales quedan desvitalizados y niega el color, "porque los colores, de los escudos no son así". Los escudos siempre son de colores. El rechazo del color no se justifica en la verdad del objeto. Pero la respuesta "escudo heráldico", le permite resolver sus conflictos mediante desvitalizar los animales y negar el color que ya no puede asociar con la vida sino con la muerte.

En las láminas IX y X no cumple ningún esfuerzo para formular respuestas. No puede y no lo intenta. En la IX empieza con elogios imposible más ambivalentes: "; Qué bonito! Como color es precioso. La dificultad está en estas cosas coloreadas. No, no veo nada". Pretende festejar a lo que le produce la dificultad. Vuelve luego a mostrarme su cultura artística: habla de "pintura informalista". Desde luego, si es "informalista", no le puedo exigir que en ella encuentre formas. El doctor no quiere hablarme de nada concreto sino de puras sugerencias. Sin embargo, una de sus acotaciones, dicha por un juez, tiene una resonancia siniestra: "Sugiere cosas románticas. *No sugiere un crimen*. Son colores musicales". En algún momento() vuelve a quejarse de sus padecimientos corporales; pero termina diciendo: "Tengo la impresión de que dentro de un mes seré un hombre optimista, cuando pasen las humedades".

En la lámina X el comportamiento es el mismo. Festeja la belleza de la lámina que le presento y luego dice: "Como tema pictórico vale mucho más que como tema psiquiátrico". Esta frase es clave: él está dispuesto a todos los elogios, a todas las cortesías, a todas las exhibiciones de erudición y cultura, con tal de evitar caer en el "tema psiquiátrico". Al fin dice: "Es interesante como el blanco y el negro sugieren otra cosa. En cambio, el color lleva mas por otros caminos". En efecto, en las primeras siete láminas buscó respuestas, tomando en cuenta la forma, aunque abandonando esta tarea comprometida mediante sus diversas técnicas; en la lámina VIII todavía cumple atendiendo a la figura de los animales; pero, en las dos últimas, se libera del todo. En la VIII, en el momento en que expresa el significado de los colores surgen las "hojas secas". Pero en las dos últimas, me envuelve en la seducción de sus disertaciones, dentro de las cuales no puede encontrarse ninguna interpretación personal sobre las láminas, o apenas la del "crimen", negada. Entre los elogios, dice: "Nadie podría encontrar nada en esto, tal vez un niño". El señor camarista tendría que ser tan ingenuo como un niño para ver algo. En el interrogatorio de la lámina X, da una respuesta

adicional, "un erizo de mar"; aunque en seguida recupera su papel. Dice: "Pero lo importante es, la armonía del color musical. No hay nada desagradable. Es una cosa exquisita. Por casualidad sale esto".

Al final, al hacérsele elegir las dos láminas que más le gustaron, toma la IX y la X. y dice: "Desde el punto de vista estético". En efecto, estas láminas le permitieron extenderse en consideraciones estéticas que lo liberaron de la tarea de dar respuestas.

Como las más feas, señala la I y la II. Concuerda esta selección con lo que ya anotamos. Finalmente, y de manera espontánea, toma la lámina III y dice: "La más graciosa, fina, esbelta". Esta lámina —con el tema de los dos hombres "muy ceremoniosos"—, es en la que más se ha complacido, porque en ella ha visto los hombres, "con su cuello alto, quizá, de frac" que "se están saludando así como en un baile". En esta lámina ve los hombres de su infancia o juventud con los que se identifica (imita el gesto que les ve hacer). El se complace al verlos porque el protocolo, los cumplidos, los saludos, las ceremonias, son lo que informan gran parte de su vida social y pública, en la que recupera "el imperio de su personalidad", atmósfera que él crea e incesantemente recrea en su relación conmigo. También toma la lámina V y dice: "La más evidente". Es decir que las láminas que acepta son: la IX y la X, porque le permiten disertar sin comprometerse; la III, porque en ella reencuentra su mundo convencional y protocolar; la V, porque en ella está seguro de lo que se debe ver.

No formularé un diagnóstico, para terminar este trabajo, porque, precisamente, no quiero caer en la tentación de "ponerle un rótulo", "encasillarlo" al doctor. Pero debo señalar que en este test que presento, la relación conmigo es evidentísima; pero que ella se da siempre, de manera análoga, en los tests de todos los probandos, aunque no se manifieste de manera directa. Aún en los casos en que el sujeto no habla más que para dar respuestas, siempre se siente en la presencia, bajo la mirada del otro. Quizá solo cuando el interés puesto en imaginar objetos en la lámina, llega a tener la plena intensidad del esfuerzo creador, logre liberarse del otro.

Por otra parte, el que administra tests y en particular el Rorschach, sabe, en el fondo, que el otro padece toda la angustia de sentirse cosificado. Y a su vez tiene el miedo de los sentimientos hostiles que así suscita. Por eso, en todos los libros sobre el Rorschach al hablar de la técnica los autores —empezando por el más clásico, W. Morgenthaler⁽⁸⁾-- , indican las infinitas precauciones que, según ellos, hay que tomar para tranquilizar al sujeto respecto a lo que se hará con él. Esto muestra como el perseguidor se siente a su vez perseguido, al angustiarse por el peligro de ser cosificado en el papel de perseguidor.

En suma, en el Rorschach —como en cualquier otro test— cada una de las personas que intervienen, psicólogo y probando, experimentan la presencia, cada uno, del otro; y

las respuestas y todas las otras actitudes —tanto o más importantes que las respuestas— surgen dentro del marco de esa relación mutua. Los psicoanalistas llaman "transferencia", a la relación no-lógica que se establece en el tratamiento, entre el paciente y el terapeuta. Creo que en el Rorschach y en cualquier test, entre el probando y el investigador, se genera, en efecto, este tipo de relación. Pero no estoy de acuerdo con la explicación que dan los psicoanalistas de todo eso. que ellos llaman "transferencia". El reduccionismo que caracteriza la posición de esta escuela no puede dar cuenta de la totalidad de los fenómenos que se observan en una sesión de psicoanálisis —o de cualquier psicoterapia— fenómenos que son registrados en el test de Rorschach; y a cuya comprensión podemos aproximarnos mejor si tenemos en cuenta, a partir de Hegel, la significación que para cada persona adquiere la experiencia de su relación con el otro en el contexto social.

Notas

1. ALCYON BAER BAHIA: "El test de Rorschach desde el punto de vista psicoanalítico". Buenos Aires, 1949, pág. 7:
2. HANNA SEGAL: "Introduction of the work of Melanie Klein". Traducción castellana: "Introducción a la obra de Melanie Klein". Buenos Aires, 1965, pág. 21.
3. Subrayado por Nunberg.
4. HERMANN NUNBERG: "Teoria general de las neurosis basadas en el psicoanálisis". Traducción española; Barcelona, 1937, pág. 114.
5. G. W. F. HEGEL: "Phänomenologie des Geistes". Traducción al francés de Jean Hyppolite: "La Phénoménologie de l'esprit"; Paris, tomo I, págs. 155 y siguientes.
6. Cfr. Sartre. "L'être et le néant". Capítulo sobre "L'existence d'autrui". "Le regard"; Paris, 41^a edición, 1953, págs. 310 y siguientes.
7. Cfr. Sartre. "L'imaginaire". Paris, 1940, págs. 40 y siguientes.
8. H. RORSCHACH: "Psychodiagnostik". Trad. española: "Psicodiagnóstico"; Bs. As. Primera edición, 1948. Capítulo de W. Morgenthaler sobre "Introducción a la técnica del Rorschach", págs. 225 y siguientes